

## LA INSCRIPCION

Como si de un nuevo Dorian Gray se tratara, el hermano Norberto no había tenido reparos a la hora de implicarse con excesiva vanidad tal vez en aquel juego tan atrayente como fatal. Ahora su situación no era ciertamente la que cualquier mortal envidiaría. ¿Mortal, he dicho “mortal”? ¡Ah!, ahí era precisamente donde radicaba su tragedia.

Frai Norberto deseaba morir. Tan simple; tan fácil; tan angustiosamente complicado.

Era lo que puede decirse un hombre mayor. Tenía 598 años y estaba cansado, muy cansado... de vivir.

Siendo precisos habría que decir que su situación, con respecto a la fascinante criatura de Oscar Wilde era semejante solo en algún aspecto, ya que, después de todo, la vida del desafortunado caballero inglés tuvo, aunque trágico, un final. Un final. Eso es lo que el hermano Norberto anhelaba desesperadamente para su triste existencia.

Todo había comenzado hacia mediados de 1424. Norberto, adolescente de quince años, había ingresado en un convento de clausura de monjes franciscanos. Siendo el menor de nueve hermanos, pocas opciones tenía de subsistir de las rentas del trabajo familiar, por lo que sus padres, optando por una opción muy al uso de la época, confiaron el niño al amparo de unos frailes quienes, sus padres lo sabían muy bien, habrían de mantenerlo tanto físicamente como instruirlo espiritualmente; al tiempo que, justo era reconocerlo, se libraban de una boca que alimentar.

Poco imaginaban el diamante sin pulir que dejaban encerrado en aquél monasterio. El niño no tardó en demostrar ser poseedor de unas dotes fuera de lo común en lo tocante a la tarea de aprendizaje de las materias que a un novicio correspondían. A las obligadas disciplinas que comprendían el dominio de las lenguas clásicas, nociones de medicina, astrología, matemáticas, etc., de las que pronto se convirtió en consumado conocedor, él, por cuenta propia, aumentó su saber mediante otras experiencias, empezando a sumergirse en prácticas que bien podrían haber llevado su vida a los horrores de la hoguera en caso de que hubieran traspasado las oscuras paredes del desván en que las llevaba a cabo. Su excepcional capacidad de aprendizaje y un especial instinto para materializar las enseñanzas en provechosas y útiles prácticas hicieron que el estudio convencional se convirtiera para él en una mera rutina carente del menor

interés. Sumergiose entonces en ciencias tan desconocidas como fascinantes para sus dotes de investigación y su infinita curiosidad.

El hecho es que, impelido por ese afán de descubrir nuevas sensaciones, no dudó en introducirse en campos tales como la bujería, esoterismo, prácticas de alquimia, magia... No fue la suya una investigación corriente, llena de supersticiones y vanas teorías carentes de rigor. Muy al contrario, adelantándose a su tiempo, y desde su humilde y clandestino laboratorio llegó a idear ungüentos, pócimas, milagrosos medicamentos que, de haber podido ser aplicados en otras personas como lo hacía consigo mismo, hubieran sido capaces de lograr curaciones o aliviar males y enfermedades que asolaban la sociedad de aquella época. Nunca se atrevió, sin embargo, a sacar a la luz tales descubrimientos que, lejos de reportarle una merecida fama como médico, habían de acarrearle incomodísimos interrogatorios que bien podían concluir en torturas y hasta en la muerte.

Cada día, finalizada la comida, abandonaba el refectorio acudiendo presuroso al estudio en que había sabido transformar hábilmente, con el paso del tiempo, una buhardilla situada en un recóndito lugar del monasterio. Se trataba de un lúgubre espacio cuadrangular de poco más de tres metros de lado al que se accedía por medio de unas escaleras oscuras y empinadas que contribuían, en fin, a que aquel lugar fuera el ideal para sus propósitos, dado que rara era la vez en que algún alma se atrevía a acceder hasta allí.

Las nociones de física, química, ciencias naturales, matemáticas, etc., que los frailes le habían enseñado y él no tardó en asimilar, no sirvieron sino de punto de partida para el largo, larguísimo, camino que su fogosa e insaciable sed de saber le había impulsado a emprender. Una inquietud metafísica, muy por encima de los problemas que la cotidianeidad de la vida le ofrecía, hacían de su mente un almacén que a cada paso asimilaba más y más información, pareciendo que jamás habría de colmarse.

La trascendencia de la vida del ser humano fue convirtiéndose, poco a poco, en una obsesión que parecía no iba a abandonarle nunca. Los conceptos teológicos y espirituales en que basaba sus meditaciones procedían de una fuente tan fiable y prestigiosa como solo podía esperarse que fuera la que nacía desde el conocimiento y el saber de personas tan doctas como lo eran algunos miembros de aquella congregación franciscana, dedicados en cuerpo y sobre todo en alma al estudio. También aquí las excepcionales cualidades del discípulo superaron con creces, en pocos años, los

conocimientos que sus maestros le transmitieran. Para su mente, que empezaba a manifestarse científica por encima de todo, ciertas cuestiones difícilmente explicables desde la pura lógica le resultaban molestas en la medida en que no les encontraba una explicación satisfactoria. Que los dogmas de fe, por ejemplo, se convirtieran para él en algo incómodo era un paso inevitable en aquel proceso.

Cuándo se diera cuenta de que algo pasaba en su interior, de que lo que su mente le dictaba no concordaba con las directrices que allí imperaban, eso es algo a lo que frai Norberto no habría podido responder con exactitud si alguien se lo hubiera preguntado.

Es el caso que aquella lenta, casi imperceptible evolución obtuvo un inesperado giro un día en que tropezó con aquel resto óseo. Junto con otros religiosos, paseaba sumido en sus meditaciones no lejos del cementerio anexo a la iglesia cuando sus ojos repararon en un pequeño huesecillo semienterrado, oculto entre la hierba. Nada extraordinario podía suponer el hecho de encontrar restos de ese tipo en un lugar donde desde hacía décadas se venían enterrando a los monjes que fallecían allí. Tras agacharse y recogerlo, algo le dijo, en cambio, que aquello que ahora guardaba entre sus manos podía tener un significado, un valor que él, en aquellos momentos, era incapaz de precisar, pero de lo que algo intuía. La misteriosa pieza podría ser el fragmento de una calavera. Su primera determinación fue la de volver nuevamente al lugar del hallazgo y seguir indagando sobre el propio terreno. Su fama de personaje solitario y propenso a ciertas extravagancias hacían que en el ámbito de la comunidad llegaran a pasar desapercibidos estos comportamientos, algo excéntricos. Por ello, cuando veían cómo el hermano Norberto acudía cada vez con más frecuencia a aquel apartado y poco atrayente lugar al mismo tiempo que reparaban en cómo se encorbaba para escarbar en la tierra con mirada inquietante, consiguiendo extraer diminutos objetos, poco o nada les hacía sospechar lo que se traía entre manos. Esto facilitaba un trabajo en el que, por otra parte, se había volcado ya de una manera obsesiva.

Su espíritu científico no habría podido entonces, de ninguna de las maneras, hacerle abandonar un proyecto que, él lo adivinaba ya, entrañaba algo misterioso, casi aterrador.

No tardó en darse cuenta de que lo que en realidad estaba haciendo era componer un rompecabezas; un macabro rompecabezas que le llevaba a completar, paso a paso, la estructura de lo que, confirmando su primera impresión, venía a ser un cráneo. Las piezas que con tanto afán iba recogiendo le habían hecho entregarse a una labor de la que ya nunca podría sustraerse. No falto de paciencia e imaginación, unidos a su

innato ingenio, logró que todos los elementos fueran paulatinamente encajando con exactitud. No se trataba, por otra parte, de un cráneo corriente, lo cual poco podía extrañar teniendo en cuenta el lugar de donde procedían tan enigmáticos fragmentos. Se trataba de unos restos óseos muy especiales que su agudeza instintivamente hacía diferenciar de cualquiera otros de tipo más común. Mas el aspecto esencial que confería a tal hallazgo un matiz extraordinario eran aquellas minúsculas inscripciones talladas con primor en la parte exterior de la cavidad ósea. Ello, a lo que bien pudiera solo ser la mera tarea de intentar completar un cráneo, añadió otra circunstancia ciertamente mucho más fascinante que consistía en recomponer y descifrar una leyenda que a Norberto se le antojaba tanto más confusa en la medida en que la iba completando. De esta manera, al mismo tiempo que encajaban los huesos, configurábase un texto que, ya finalizado, poco pudo aclarar en un principio la confusión en la que el fraile se había sumergido. No por ello se desalentó nuestro personaje que, muy al contrario, supo poner en acción todos sus recursos para tratar de descifrar aquel enigma.

Lo que tras un superficial examen allí se apreciaba no era sino una serie de dibujos junto con diversos caracteres de escritura tradicional sin ninguna aparente relación. El hermano Norberto, tras arduo trabajo, consiguió reconocer que las letras venían a componer palabras en un desconocido dialecto (sin duda creado solo al efecto) ligeramente relacionado con el latín. Infinitamente más laborioso llegó a ser el proceso que le habría de llevar a descifrar aquellos minúsculos iconos grabados en tan peculiar soporte. Tal fue la obsesión que en él originó el deseo de aclarar aquella trama que ni siquiera se detuvo en reparar, cuánto menos admirar, la infinita exquisitez y detalle artísticos con que habían sido labradas aquellas figuras. Después de todo, la primorosa labor que aquella calavera con sus inscripciones y tallas pudiera encubrir, era lo que menos le interesaba en aquellos momentos. Hubo, en fin, de recurrir a muchas de las enseñanzas que con el paso de los años había adquirido en aquél convento unidos a su natural perspicacia para lograr esclarecer lo que allí se hallaba escondido; pues nunca puso en duda que, a pesar de su aparente incongruencia, aquellas inscripciones algún trascendental misterio debían de encerrar.

Su primera tarea consistió en trasladar a un papel, letra a letra, signo a signo, el texto original, lo que le procuraba una mayor comodidad. No es necesario indicar que aquel pequeño documento se convirtió en algo inherente a su ser.

La biblioteca del monasterio pasó a ser, asimismo, un manantial inagotable de información a veces errónea, a veces fértil, en cualquier caso siempre abastecedora de

datos que, si bien ayudaron en el proceso de comprensión de aquel enigma contribuyeron al mismo tiempo a que nuestro fraile estuviera a punto de perder la capacidad de raciocinio.

Un buen día, por fin, todas aquellas penosas labores tocaron a su conclusión. Lo que ante sus ojos tenía era una fórmula. Seguidas con precisión las instrucciones allí referidas lograba una enigmática pócima cuyos efectos eran un misterio, que, por mucho que lo intentó, de ninguna manera pudo desentrañar. Quien hubiera ideado aquello, además de confiar en la habilidad de su descubridor no había dudado en suponer en que éste, ciegamente, seguiría adelante en su investigación. Que una mente que hasta allí hubiese llegado no iba a detenerse entonces era algo fácil de prever. Norberto no lo dudó. Su curiosidad científica le conminaba a que el brebaje, además de prepararlo, lo había de probar en sus propias carnes. Así lo hizo.

Nada más consumir la acción comprendió que algo trascendental pasaba dentro de sí; no tanto en su interior físico como en la profundidad de su esencia inmaterial.

Hubieron de transcurrir meses, años incluso antes de que pudiera asimilar en su real dimensión el paso que había dado. Experto médico como en realidad era, intuyó primero, para poderlo confirmar después, que, en efecto, en su organismo se daban extraños procesos que no se avenían con lo que debería ser un normal funcionamiento biológico ni fisiológico. No enfermaba, no envejecía, no sufría los fatales achaques de la edad que todos sus hermanos franciscanos, al igual que cualquier otro mortal, habían de soportar.

Estos prodigios no comprendían exclusivamente el ámbito meramente físico sino que se extendían a aspectos de conducta y comportamiento de tal manera que si su organismo, en caso de extrema necesidad material, generaba las sustancias elementales que una vida necesita para subsistir, más enigmática venía a ser aquella fuerza misteriosa e irresistible que le empujaba a abandonar cualquier espacio o situación en que un grave peligro posible o cierto amenazaba su entorno. ¡De cuántas catástrofes no se había librado gracias a aquella misteriosa e imperiosa fuerza que le hacía abandonar lugares o situaciones en los que el peligro era inminente! Lanzarse de una torre o un precipitarse al vacío desde un acantilado o una sima eran acciones que, aunque quisiera, no podía realizar.

Fue entonces cuando lo comprendió todo. La frase enigmática. Poseído por una incontrolable fiebre, por una irrefrenable sed de conocer lo que aquel documento ya casi olvidado contenía, sintiéndose sabedor de que en breve iba a ser capaz de descifrar lo

que aún le restaba, se precipitó a su estudio, abrió desbaratadamente el cajón donde con tanto cuidado lo tenía oculto y lo examinó con avidez propia de quien se halla a las puertas de descubrir aquello tan ansiosamente esperado. Alcanzar la inmortalidad. Eso era lo que el escrito explicaba. Solo había que repetir, con ligeras variantes, el brebaje anterior, tomarlo sin interrupción siete días para llegar a alcanzar definitivamente aquel sueño, el sueño, la quimera que la humanidad entera había perseguido desde que tuvo una comprensión de su ser como algo trascendente.

Podría, sin duda, dar vuelta a aquello; de la misma manera que logró la pócima hacedora del efecto se sentía capaz, continuando con sus estudios, de generar un antídoto. Mas cegado, embriagado como se hallaba ante tan inconmensurable hallazgo, se negó a sí mismo tal posibilidad. Arrastrado por una invencible fuerza, con el objeto de no darse siquiera la oportunidad de un posible arrepentimiento, llegó incluso a destruir todos los vestigios en los que tal vez pudiera contenerse una salida a aquella situación que ahora tanto le fascinaba.

Cual a una nueva Eva, se le había ofrecido a él ahora la posibilidad de igualar a Dios en su mayor propiedad: la inmortalidad. Y al igual que Eva, cayó. Se rindió ante aquella espeluznante tentación.

Esta confirmación le supuso, por otra parte, una enorme angustia. Su mente se sumió en una lucha plena de contradicciones. El, que había dedicado los últimos años de su vida a cuestionar y desechar todo lo que no encajara dentro de unas teorías eminentemente científicas, se hallaba ahora ante un fenómeno que, con su pavorosa y aplastante evidencia, conseguía desmoronar cualquier argumento que se le pudiera oponer. Al mismo tiempo, al igual que a nuestros primeros padres, nada más llegar a ser consciente de lo hecho sintió en su interior algo parecido a una indecible angustia.

Transcurrieron años, decenios, siglos...; De cuántos eventos no llegó a ser testigo! Acontecimientos tristes, alegres; trágicos unos, gozosos otros. Pestes, epidemias, guerras (¡qué seguro se veía él entre la angustia y dolor que allí se sentía!) hasta los no menos lamentables y terribles que correspondieron a las guerras mundiales, pasando por tantas plagas, conflagraciones, miserias, calamidades de toda suerte...

Prolongadas ausencias y traslados de uno a otro convento o retiro propiciaban que su eterna e inmutable identidad no generara las lógicas interrogantes entre sus hermanos de orden.

Si bien su vida transcurría ajena a los padecimientos terrenales, otra turbación, en cambio, fue adueñándose de él a medida que el tiempo pasaba. La vida iba

furtivamente minando su ser, su carácter. Comprendió por fin que la naturaleza del ser humano está destinada a cumplir un ciclo. Un ciclo ineludible que él había trastocado.

Norberto estaba cansado. El, que tanto presumía de calculador, de meticulado a la hora de calibrar los riesgos de cualquier decisión, no supo, en cambio, tal vez cegado por un ansia insana de inmortalidad, considerar en su verdadera dimensión lo que aquella opción le acarrearía.

Intentó en cierta ocasión, desesperadamente, sortear esta fuerza a la que, quisiera o no, se encontraba ya irremisiblemente ligado. Una noche, tras abandonar su celda, con el mayor sigilo, y movido por una idea que desde hacía tiempo se gestaba en su mente, se introdujo en un tugurio donde el juego, el alcohol eran casi omnipresentes, y donde sabía a ciencia cierta que, sin demasiado esfuerzo, podría verse envuelto en alguna reyerta entre borrachos o jugadores, una de esas trifulcas que tantas veces se daban en tales lugares y en las que otras tantas, casi sin excepción, se producían heridas graves cuando no concluían con la muerte de alguno de los contendientes. No le costó mucho, disfrazado como iba, mezclarse en una partida de naipes que estaba dándose entre especímenes malencarados que jugaban cantidades escandalosas. En tales circunstancias verse sorprendido haciendo trampas equivalía a una sentencia de muerte. La muerte, eso que desde lo que a él le parecía ya casi una eternidad (¡una eternidad, qué paradoja!) se había convertido en una obsesión. Abandonada la posibilidad de consumir esa idea por sus propias manos solo le quedaba recurrir a la colaboración de otras personas. No podía confesar su secreto a nadie de su comunidad, por lo que decidió forzar una pelea que, de modo violento, le llevara tan ansiado fin.

Provocada tan hábilmente la situación, no tardaron sus compañeros en el juego de rodearle y acosarle con la intención de ajustar aquella cuenta. Algo sucedió entonces que hizo que sus planes se descompusieran de la manera más insospechada. Sus enemigos más próximos blandían ya un cuchillo, ya un arma de fuego, cuando, súbitamente, mirándole a los ojos, quedaron aterrorizados, paralizados por algo que de éstos emanaba. Quien más cerca de él se encontraba farfulló entrecortada y casi inaudiblemente algo que pareció querer decir Satán, otro aseguró ver en el fondo de aquellas dos luces diabólicas visos del pórtico del infierno. Sea como fuere, quienes momentos antes estaban dispuestos a segar su vida sin el menor de los escrúpulos, se veían ahora inermes, horrorizados, por solo el efecto de su mirada.

---

Norberto lo comprendió todo. Comprendió que su suerte no tenía vuelta atrás. Estaba condenado a vivir. Por sus pecados, un jurado contra el que nada ni nadie nada podía hacer, le había condenado a la vida eterna.

La ineludible perennidad en el tiempo, la ausencia de un fin para su existencia le atormentaban de una manera insoportable. El mundo se había convertido para él en una inmensa cárcel de la que nunca podría salir, una cárcel en la que estaba irremediabilmente atrapado por todos los siglos. Ninguna fuerza humana iba a ser capaz de arrancarle de tal maleficio. Cinco mil millones de años más y el sol se consumiría. Sonreía al pensar en cuán largo plazo se daba para la extinción de la vida en un planeta que, bien lo veía él, caminaba a marchas forzadas a su destrucción. Sentía en su alma una infinita angustia cada vez que a su imaginación le acometían tales reflexiones. Era absurdo, se decía, pensar en tal plazo de tiempo cuando la especie humana, entre tanto, huye hacia delante en una alocada carrera hacia su ruina. Mas ni esto siquiera. Ni una destrucción nuclear masiva que pulverizase el planeta podría acabar con su existencia. Nada. El era un ser literalmente indestructible, irremisiblemente condenado, tarde o temprano, a vivir en una espantosa soledad. Porque ¿qué sería de él cuando la especie humana desapareciera del planeta, siendo esto algo que había de ocurrir fatalmente? A pesar de todo ¿cuántos tiranos, cuántos déspotas dirigentes, cuántos magnates multimillonarios, más aún, cuántos personas de a pie envidiarían su situación!. ¡Qué absurda pretensión, qué inconsciente anhelo!

Soledad, vacío, eternidad...era lo único que a frai Norberto le quedaba como futuro. ¿¿Futuro?! ¡Dios mío! Ni el tiempo existía ya. La nada más absoluta le rodeó. Un cuerpo en medio de la nada.

Un grito desgarrador, manifestación de inconmensurable angustia, de soledad aterradora, se extendió eternamente por el universo. Un grito único, sin ecos, que nadie oiría en aquel pavoroso, insondable vacío infinito.

FIN

**Autor: Rafael Galañena Iriarte**

---